

Sarmiento a los 120 años

= De La Vida Literaria, Buenos Aires. =



Sarmiento

1811 — 15 de Febrero — 1931

Del testimonio de Sarmiento

La Sibila desoida quemaba uno de los tres libros que contenían los oráculos del Destino. Despreciados sus consejos de nuevo destruía el segundo, exigiendo por el tercero el mismo precio que por los demás. Otro camino debemos seguir, cuando las verdades son del dominio público. Desatendidos por un Estado, dirigiremos las mismas palabras a dos: y si no fuesen aún escuchadas, nos volveríamos a todos los pueblos y gobiernos suramericanos.

Parecía temerario tratar de contrarestar una tal medida apoyada y sostenida por una de las más influyentes y poderosas corporaciones religiosas del Estado; y para aquella clase de gente que anda con el día, esto hubiera sido mirado como un acto de estéril y petulante osadía. Mas para el hombre honrado, firme en las convicciones de su propia conciencia, y que se guía por los dictados de la moral y de la justicia, es cosa fácil embestir contra éstos aparentes obstáculos al triunfo de la verdad.

Creemos que se hace demasiado honor a los hombres honrados por el valor que despliegan en ciertas ocasiones; pues que para el hombre verdaderamente íntegro, esto es natural y muy fácil. Lo duro para ellos sería obrar mal.

Nosotros ni cristianos somos. Convenido como está que hemos nacido católicos y que fuera del jirón de la Iglesia no hay salvación, descansamos en la dulce y consoladora esperanza de que todos los demás se condenarán. ¡Ay! son mil millones de seres humanos los que no entran en la geografía católica: cuestión de geografía la salvación.

Debemos observar una vez por todas, que Mr. Mann no era hombre de partido. Gustaba más de la verdad que de la política. Aunque afiliado desde aquel instante con el partido de los Whigs, o sea los republicanos nacionales, no adoptó durante

(Pasa a la página 161)

hecho con hecho, cosa con cosa.

En el debe están con Rosas y Facundo, con la pampa y el gaucho malo y los resabios de la Colonia, el juego, la embriaguez, el estupro, la profanación, las tribus mestizas ávidas de rapiña, la desaparición de pueblos, la abyección de ciudades antes prósperas. En el haber ¿qué hay? Rivadavia ha caído y vive sus últimos años en el exilio; el general Paz está cautivo. Un recuerdo y una esperanza. En otras páginas se habla, con el tono melancólico de las mejores de *Recuerdos de Provincia*, del cultivo de la caña de azúcar, de la morera y el gusano de seda, de un puñado de jóvenes también desterrados, que, como él, ansían el bien de la patria.

Pero con estas pocas cosas, todas como soñadas, él supo formar primero un ideal y luego una realidad, que es la que vivimos.

Al flanco de Sarmiento, o en frente, o detrás, se colocaron pronto numerosos hombres de claro espíritu. Más, en pro o en contra, todos ellos llegaron a la plenitud de su inteligencia y de su obra en función de él. Porque fué él quien, como nadie tanto, había visto hasta más allá de nosotros, lo que habíamos sido, lo que éramos y lo que podríamos ser.

Trazó un diagrama teórico de nuestra posible realidad, ajustado, según se sabe, a la más sensata lógica; y marcó, para todos, los puntos cardinales de nuestra organización: la escuela, las vías de comunicación, la formación del alma argentina y la probidad en el ejercicio del Poder. Que son las rutas, los problemas fundamentales que no hemos resuelto ni planteado bien todavía.

Cada uno de esos puntos se refiere a una falla ingénita, constitucional de nuestro país, y acaso la figura que resulta de su adecuada posición en el espacio y el tiempo argentinos, constituyen lo que Sarmiento entendía por civilización.

Más tarde pudo él realizar desde la Presidencia y el Ministerio, lo que desde Chile y Norteamérica no pasaba de ser afán. Según se han cumplido esos designios en el proceso de nuestra nacionalidad, hemos mantenido el prestigio y la dignidad, no siendo puramente casual que en los últimos años se relajaran las instituciones formadas sobre esas cuatro bases.

Parecería, pues, que nada de cuando hacia 1880 pareció incorporado a la nacionalidad, como conquista definitiva, hubiera pasado de ser una apariencia sostenida en tanto vivieron aquellos grandes ciudadanos hechos en la misma escuela de Sarmiento: Mitre, Avellaneda, Alberdi, Veléz Sársfield y tantos más (cualquiera fuese el grado de discrepancia con él; que esa es la manera, en suma, de valorarlos hoy). Estos grandes hombres crearon por

(Pasa a la página 168)

Hacia 1845, año de la publicación de *Facundo*, se vive la tercera de las múltiples etapas de la denominación española en América. Se han dislocado y adquirido valencias multiplicadas, las moléculas de ese cuerpo colonial que entra en descomposición pocos años antes de 1810. Se está luchando denodadamente por conciliar tantas furias que han estallado en la ambición. Cada individuo aspira a ser el centro de ese universo descalabrado. No se piensa todavía en la unidad nacional, sino, por lo contrario, en hacer más indiscernible ese caos a que se ha reducido un gran satélite disuelto.

Parecería que liberados de la tutela de España, cada voluntad, cada ser, cada unidad, procuraba convertirse en una nueva tiránica potencia que asumiera el dominio político perdido. Y todo bajo la bandera de la libertad.

No era la anarquía, que al fin y al cabo es un sistema, sino el desorden, la ambición exorbitada.

Esa crisis subsiguiente a la emancipación, fué el peor mal que aquejó a la República. Hasta entonces no se había encontrado consigo, a solas, esa población educada en el ejemplo de la violencia y el pillaje.

Se diría que hubiéramos adquirido un gran bien para nuestra ruina y que a la etapa de sumisión seguiría otra, tan larga y más triste de disolución y envilecimiento.

Es por estos años cuando ha llegado a la madurez de su inteligencia, en severísimas disciplinas morales, un hombre que vive pobre y expatriado, como es natural. Un hombre en quien, como de pronto, parece tomar conciencia de sí ese caos bárbaro.

Sarmiento concibe a la sazón, con muy pocos datos y muy deficientes informaciones, la teoría de la civilización argentina, que opondrá a la barbarie colindante.

La civilización ha sido el sueño de ese gran patriota en desgracia. Toda entera nació, ya armada, de su cerebro; y es la más formidable utopía que hombre alguno pudo convertir en realidad, dándole vida para cincuenta años.

Puso la suma de todas sus colosales ideas, que llamó civilización, frente a frente de esa realidad circundante que llamó barbarie. Facundo es el símbolo humano; pero, en torno de él vemos pulular una horda innumerable que llena y devasta el territorio. En esa obra están fijados mejor y con más precisión que en un mapa, desde la barbarie geográfica y étnica hasta la económica y cultural, los males cuatro veces seculares de que aún adolecemos. Bien se ve que en ese raptó profético Sarmiento no dividía en dos partes, a derecha y a izquierda, dos porciones de nuestra sociedad, que no confrontaba hombre con hombre